

(Sale el Doctor.)

Por cierto que tiene trabajo, y muy grande, el hombre que ha menester tener en su casa hijos de otri. Dígolo por mí, que tengo dos mozos en mi casa, y si acaso les mando alguna cosa, el uno por el otro jamás quieren hacer nada. Ahora se me ofrece haber de ir un poco de camino, y quisiera encomendarles la casa a los dos juntos, y por tanto los quiero llamar aquí fuera. ¡Ah Perico, Perico, Lorenzo, Perico! ¿No oyes?

(Sale Perico.)

¿Qué manda, señor, qué manda?

Que estás allá dentro todo el día, y me estoy yo aquí quebrantando la cabeza llamándote. ¿Qué hacías?

Señor, estaba sacando aquellas cuentas que me dio vuesa merced que sacase.

¿Oúes de Lorenzo?

No sé cierto, señor. Me parece que me dijo denantes que vuesa merced lo enviaba por un pastel.

Ansí, tienes razón; tanto se está, que ya no me acordaba que lo había enviado.

(Sale Lorenzo, que es el bobo, con un plato en las manos y puesta una capa parda.)

¡Vaya al diablo el pastelero falso! Mire; yo, señor, ya se lo dije, para qué me ponían capa, que como yo no estaba vezado allá en mi tierra de llevarla, que no la sabría llevar.

¿Qué tienes, Lorenzo? Ven acá: ¿no traes el pastel?

¿Yo pastel? Pues si yo lo trujera, ¿qué me faltara a mí?

Pues ven acá: ¿cómo ha sido eso? ¡Qué!, ¿hásete caído?

Que no, señor, sino que yo venía con el pastel en el prato, y traía la capa abrigada, y de aquel vaho del pastel dábame la olor en las ollisgaderas, ¡juro a mí!, como si estuviera preñado; no pude reposar de aquí a que me lo comí.

Eso sí ques bueno, y no como yo, que me estoy aquí por sacarle las cuentas todo el día allá dentro.

¿Sabe qué cuentas sacaba?

¿Qué cuentas?

Sacaba las alberengenas de la olla de la miel y contábalas de una en una; y esas eran las cuentas que él sacaba.

Ahora bien, que ya lo ha dicho; y tú, ¿por qué no dices ahora lo de las camuezas?

No, no lo digas eso de las camuezas.

¿Qué fue aquello de las camuezas?

Mire, señor, yo se lo diré. Ha de saber quel otro día que me envió al ministerio de las monjas con aquel tabique de camuezas, que yo las iba mirando, y ellas mirábanme también; la verdad que se diga, las camuezas ciento eran, pero cinco quedaron.

Ahora digo que estoy bueno y que tengo buenos mozos. El uno se me come las alberengenas con miel; el otro las camuezas que enviaba a mi hija la monja. Yo tengo buen servicio por cierto.

Pues después acá no hago sino echar camuezas por la culata.

Ahora, señores, dejemos cosas aparte. Yo me he de ir fuera, y os quiero a los dos dejar encomendada la casa, porque me han enviado a llamar para un enfermo que he de visitar, y creo seré aquí a la noche. Procura de que cuando venga que halle en casa algún mal guisado, y veréis cómo yo os daré muchos palos; sino lo que habéis

de hacer es que me tengáis buena cuenta con la casa , que yo verné y cenaremos muy bien. ¿Habeislo entendido?

Sí, señor, muy bien.

Pues ahora bien; yo me voy. Mira, Lorenzo, que a ti te encargo la casa , y guárdate de este Perico, que es un bellaco, no te engañe. Ya lo entiendo, señor.

Ahora, pues, yo me voy.

Señor, ¿déjanos la mula en casa?

Pues ¿en qué había de ir yo?

¡Juro a diez que si nos la dejara, que la habíamos de echar en la olla! (Váse el Doctor.)

Ahora bien, Lorenzo; ya se ha ido el amo, y como sabes, no nos deja qué comer. ¿Hoy qué habemos de hacer?

Echarnos a rodar.

No te digo eso, sino que qué orden hemos de tener de vivir hoy que no está aquí el amo.

¿Qué orden? No morirnos de aquí a mañana.

No te digo eso, mentecato, que no te entiendes, sino que qué podríamos hacer para ganar cuatro pares de reales para comer.

Eso no sé, pardiez.

Pues ven acá. Si tú quisieres ponerte la ropa de levantar del amo y sentarte en una silla como si fueses doctor, vernán algunos con alguna orina a pedir remedio para alguna enfermedad; yo me fingiría que soy tu mozo, y diríate bajico lo que me parecía que podrías aplicar a la enfermedad; y hecho esto, el otro luego se echará mano a la bolsa y daros ha cuatro reales o dos ; y irnos hemos luego a un bodegón y comeremos y beberemos, y darnos hemos buena vida.

Verná alguno y darnos ha de palos, y eso tememos de más.

Que no; nada de eso. ¡Bueno estás!; sino que nos han de dar dineros como te digo.

No; mira, ponte tú la ropa, y yo seré tu mozo; y desa manera sí, pero yo me haya de poner la ropa , no.

Si tú supieses tener un buen razonamiento con los que viniesen y darles razón y hacerles entrar y todo eso, yo me pornía la ropa; pero tú no sabrás: así que te es mejor que te pongas la ropa. Toma, y siéntate en esta silla presto; acaba, haz del grave, que viene gente.

(Entra la Mujer.)

¡Ah de casa! ¿Quién está en casa?

¿Quién llama? ¿Quién está ahí?

¿Está en casa el señor doctor?

Sí, señora. Entre vuesa merced. ¡Hola!, mira que sepas hacer del grave.

Señor doctor, beso las manos a vuesa merced. Ha de saber, señor, que yo tengo a mi madre muy mala, y así traigo a vuesa merced la orina para que vuesa merced le dé algún remedio, porque se está muriendo. Ven acá. ¿Qué oficio tiene tu madre?

Señor, lavandera.

Bien se echa de ver aquí en la orina, que vienen en ella los trapos.

Eso, señor, mire , mire que es la espuma.

¡Juro a mí, pues, que he de ver qué cosa es la espuma!

(Bébase el Bobo la orina , que será un poco de vino blanco.)

¡Jesús ! ¡Qué es posible que eso ha bebido!

Ahí verá vuesa merced el señor doctor cuanto deseo tiene de curar a

su madre, que no se satisface de ver la orina, sino que quiere gustar. Acaba, ordenalde un cordial.

Yo le ordeno un rejalgar.

¿Rejalgar, señor? Pues ¿quírela matar?

No señora, que el señor doctor dice que le haga vuesa merced una fajadura de polvos de rejalgar y se la ponga en el ombligo.

Muy bien está eso, señor; ¿y no se ha de hacer otro?

Ordénale unos confortativos.

Yo le ordeno también unos higos.

¿Higos, señor? Pues ¿para qué efecto?

Señora, que los polvos del rejalgar con los higos se mezcle muy bien y se haga la fajadura; y no tiene más que hacer.

Pues, señor, tome vuesa merced dos reales, y perdone.

Vaya con Dios. (Váse la Mujer.) Ahora bien, Lorenzo, ya tenemos dos reales.

Ea, pues, vamos al bodegón.

No, no, que aún es temprano; aguardemos que venga más gente.

Pues vengan los dos reales.

Eso no, que yo los guardaré, que el mozo ha de guardar el dinero.

Pues si eso es, ponte tú la ropa y yo seré el mozo, a trueque de guardar el dinero.

¿Tú sabrás hacer lo que yo hago, que aún no sabes ordenarle lo que te digo que le ordenes: un cordial, y tú le ordenas un rejalgar?

No, eso no, que tú rejalgar me dijistes.

No te dije sino cordial.

Pues yo mentí.

Pues ten buena cuenta con lo que te digo, y vuélvete a poner en la silla que parece que siento venir gente. (Toca a la puerta Salazar.)

(Dentro.) ¡Ah de casa! ¿Quién está aquí?

¿Quién llama?

Yo soy, señor. ¿Esta es la casa del señor doctor?

Sí, señor; entre, señor, que ésta es. Ea, ponte, Lorenzo, a punto, que ya tenemos otros dos reales.

(Entra Salazar.)

Señor doctor, beso a vuesa merced las manos. Yo vengo aquí con una extrema necesidad, y es que le ha dado súpitamente un dolor de corazón a mi mujer; y así vengo a que vuesa merced le dé remedio, porque se está muriendo.

Qué, ¿vos casado sois?

Sí, señor.

¿Y vuestra mujer es la del dolor?

Sí, señor doctor, mi mujer es.

¿Y qué tiene?

Señor, está desmayada.

Eso no os tocaba decir, que ya se sabe; otra cosa os pregunto, que las mujeres, sin tener dolor, a veces están desmayadas, o lo fingen a lo menos.

Señor, ordénale, si le ha de ordenar algo, y dejemos de razones.

Acaba, Lorenzo; ordénale una sangría, que la saquen tres onzas de sangre de la vena de la cabeza.

Mira, yo mando que la sangren, y que le saquen trecientas onzas de sangre de la vena de los pies.

¿Trecientas onzas de sangre, señor doctor, a una mujer de tan poco sujeto, que en todo su cuerpo no debe tener veinte onzas de sangre?

Pues que le saquen a ella esas veinte y hasta las que tuviese, que se ampare de sus parientes, que para eso son los parientes, para las necesidades.

¡Válame Dios, y qué poco que muestra saber este doctor! Dígame, señor doctor, vuesa merced, ¿en dónde se ha graduado de medicina? Dile que en Bolonia.

Yo, señor, en Borgoña.

En Bolonia, bestia.

Pues para graduarse de bestia, ¿qué más tiene Bolonia que en Borgoña?

Ahora bien, señor, vuesa merced dice que no hay más que hacer sino que se sangre: yo la haré sangrar. Ve ahí vuesa merced un par de reales, y perdone vuesa merced de la miseria. (Váse Salazar.)

¡Oh, qué buen Lorenzo, que tenemos ya cuatro reales!

Ea, pues, vámonos al bodegón.

No, no, esperemos a que venga más gente, que hoy nos habemos de hacer de buena ventura.

(Llama de dentro el Doctor.)

¡Ah, Perico, mochacho, Lorenzo! Que no oye ninguno. Ahora bien, que yo me habré de apeaar sólo.

¡Hola, Lorenzo! El amo es; vuélvete, y diremos que estabas tú con la ropa puesta, porque yo la estaba limpiando, porque si no hacemos esto nos ha de dar de palos.

Ea, pues, limpia tú.

(Entra el Doctor.)

¿Qué diablos estáis haciendo aquí vosotros, que vengo de camino y no haya uno allá fuera que me ayude a apearme? ¿Para qué tiene Lorenzo mi ropa?

Señor, estaba encima de esa silla, y vi que estaba cargada de polvo, y hésela hecho poner a éste para limpiarla.

Pues ¿en todo el día no habéis tenido tiempo deso hasta agora, ni de barrer esa entrada, que está llena de suciedad?

Señor, yo ya se lo dije a este otro que lo hiciera.

Señor, yo también se lo dije a él que la barriera.

(Entra Salazar y un Alguacil, y la Mujer, y algún acompañante de Alguacil.)

Señor alguacil, vuesa merced me ha de hacer justicia y castigar a este doctor, que es un animal y un bárbaro, que no sabe lo que se ordena, y que me ha hecho matar a mi mujer.

Digo, señor alguacil, que está mi madre muriéndose de una fajadura de higos y polvos de rejalgos que me hizo hacerle.

¿Que es posible que el doctor no sepa lo que se hace? Vamos, señores, muéstrenmelo, y verán lo que pasa.

Este es, señor, el que tiene la ropa puesta.

Téngase al rey.

¿Qué es esto, señores, en mi casa?

¿Cómo en su casa? ¿Quién es el amo desta casa?

Yo soy, señor, que no nadie.

Y ¿quién es el doctor?

Yo soy, señor, que ese otro es mi mozo.

Pues vuesa merced se ha de tener al rey, que al doctor vengo a prender.

No, señor, no es él el que nos ha ordenado mal; aqueste otro que está con la ropa puesta es.

Ese, señores, es mi criado.

No, juro a diez, que yo soy el doctor, que mientras él no ha estado aquí, he ordenado mejor que él podía ordenar; y sé que si se hubiera detenido ocho días fuera, que hubiera yo matado la mitad deste lugar de un borracho, y todo mal agradecido.

Téngase al rey.

¿Qué han de tener, que aquí ninguno se cae? Téngase él si puede.

¡Aquí, que me sacude!

Sí, de un borracho guadamacil, que os daré a vos y a todos más muchicones que podáis llevar.

(Aquí se dan unos a otros, y se entran pegando de porrazos, el Bobo detrás de todos, y se acaba el entremés.)